

NAVIDAD

Por Félix TIMMERMANNS

"EN MI IMAGINACIÓN he visto la divina historia del Niño Jesús, de su dulce madre y su bondadoso padre adoptivo dentro del marco y en medio de los paisajes de nuestra hermosa y buena Flandes, y me he deleitado en adornarla con un poco de arte", escribe Felix Timmermanns en el prefacio de su libro *El Niño Dios en Flandes*, del cual está tomado el capítulo "Navidad" que publicamos a continuación. En esta obra el autor narra con humor, con gran sencillez y muy poéticamente la historia de ese Niño Dios que nace en una Noche Buena nevada y crece a orillas del Escalda. La narra con una maestría épica que sabe mezclar la más pura emoción religiosa con la prosa más prosaica, lo himnico con lo rudo, el incienso con el olor a manteca de la kermess. ¡Oh la gracia de sus anacronismos! ¡A quién no recordará el ambiente rústico, popular y alegre a que traspone a los personajes bíblicos, los cuadros de Pedro Breughel el Viejo!, sobre quien Timmermanns escribió un bello libro.

Félix Timmermanns nació en 1886 y murió poco después de la segunda guerra mundial. Fuera de Bélgica es el más conocido de la generación de escritores flamencos que llegaron a la madurez artística a principios de nuestro siglo. En sus obras: *Pallietter*, *La luz en la linterna*, *El párroco de la viña en flor* y, no lo olvidemos, *El Niño Dios en Flandes* se revela como un maestro de la prosa poética.

—M.F.

CUANDO el mundo entero dormía en medio del nocturno silencio, cuando sólo las estrellas brillaban, altas y claras, sobre la tierra cubierta de nieve, se veían en un cerro, sentados junto a la chisporroteante hoguera, unos pobres pastores que vigilaban su rebaño.

Las muchas ovejas yacían enroscadas, quietas y calientes, bajo el hundido tejado de paja, abierto hacia todos los lados, que dejaba entrar la claridad de la noche.

Había echadas por ahí unas cuantas vacas, cuyos estúpidos ojos no miraban hacia ninguna parte. Más allá mugía un buey blanco, y una cabra gris se hacía la dormida.

Varios pastores descansaban entre los cuerpos grasosos y lanudos de las ovejas, mientras los otros hacían guardia; cuatro de ellos jugaban al tute junto a la fogata; el que ganaba tenía derecho a tomar, del tarro a su lado, un trago de la sabrosa cerveza de Oudenaarde.

En pie, arrimado a un poste de los que sostenían el tejado, el viejo Bienus, envuelto hasta las orejas en un triple abrigo de pieles de cabra, tejía con agujas de madera, y diligente como una mujer, una media de lana. En la oscuridad del pajar alguien tocaba, como en sueños, el violín. Reinaba el silencio entre esos hombres sencillos, que olían a estiércol y tierra, que vivían día por día con sus animales, unidos en cuerpo y alma a la apacible quietud de la campiña y a la infinitud de la campiña.

La lumbre que crepitaba alegremente a su lado, atizada por un muchacho flacucho (un niño que habían encontrado en sus andanzas detrás de una pila de madera), ponía en sus caras barbudas una caliente y risueña claridad y proyectaba sombras fantasmales sobre la nieve, cuando ellos levantaban los brazos para echar un triunfo.

Los dos perros negros gozaban del calor, gruñendo de contento.

"¡Miren los relámpagos!", exclamó el jorobadito chato, señalando hacia Belén con su brazo demasiado largo.

Bienus, sin alzar la mirada, dijo en tono de profeta: "No puede haber relámpagos, el cielo está lleno de estrellas."

"Pues yo creo haberlos visto", se atrevió a replicar el jorobado con timidez,

porque Bienus conocía el curso de los astros. Luego siguió escudriñando el cielo para volver a descubrir el maravilloso resplandor. Los otros prestaron de nuevo atención a su juego, y de nuevo se les oyó cuchichear, tímidos ante el gran silencio de la noche: "Sota de espadas... paso... as de corazones." Monótono y sin embargo lleno de tierno sentimiento, subía a la oscuridad el dulce sonido del violín. Y de pronto el muchacho ojinegro gritó: "¡Mamá! ¡Mamá!, el cielo se viene abajo."

Todos levantaron los ojos. El cielo entero se agitaba. Millones de estrellas caían del aire, alumbrando la tierra como si fuera de día. Y de repente aquello se acabó. La Osa Mayor y la Vía Láctea estaban todavía en su lugar, pero por encima de ellas brillaba en toda su gloria sublime un inmenso cometa.

"¡La estrella coluda!", exclamaron pasmados. Esos hombres sencillos se estremecieron, el espanto se apoderó de sus corazones, los naipes se les cayeron de las manos. Los que estaban dormidos se despertaron sobresaltados, levantaron la ca-



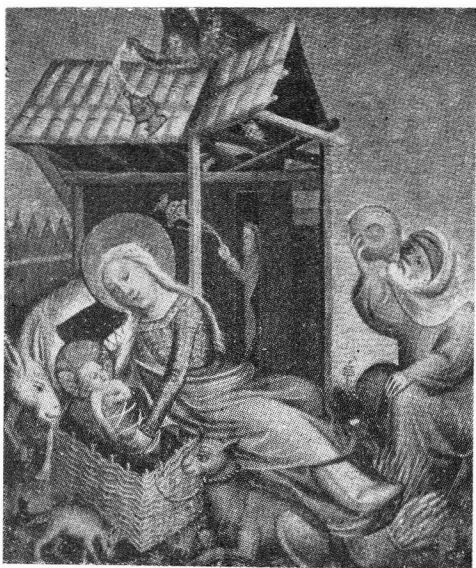
—Códice Gisle, 1300

"millones de estrellas caían del aire, alumbrando la tierra como si fuera de día"

beza por encima del lomo de las ovejas y corrieron angustiados a juntarse con los demás.

Sólo el del pajar no dejó de tocar el violín, como en sueños, y siguió viviendo dentro de su alma. Los otros, con las rodillas temblorosas, contemplaron el prodigio celeste que desplegaba su pompa en el cielo, sobre la lejana y oscura Belén.

Esta era la segunda vez en un breve lapso que la estrella se mostraba a los hombres de esta manera: la cabeza hecha de un remolino de fuego esplendoroso y opalescente; la cauda orgullosamente erguida, sembrada de chispas, se disolvía muy arriba en el aire en una amplia y tenue claridad regada de delicadas maripositas. Por segunda vez estaba allí, fulgente heraldo de la desgracia y la muerte, y cada uno de esos hombres de alma simple veía la angustia en los ojos de los demás. Temerosos y humildes rodearon a Bienus, su jefe y consejero. La voz de Bienus significaba para ellos la ley. Era sabio, leía libros, estaba familiarizado con los secretos del ganado y de las ovejas, era experto en conjurar las hierbas venenosas, cono-



—Oleo de Bertrams

"creo que en Belén suceden grandes cosas"

cía el curso de los astros y la altura del agua, del sol y de la luna y sabía vaticinar el tiempo del día siguiente y a veces el de toda la estación. Hasta se decía que cuando él lo quería, el viento cambiaba de rumbo. Muchos hechiceros de la región, que trabajaban con el "cuervo negro", le tenían envidia porque podía más que ellos y sacaba fuerzas de las palabras de Dios y de los ángeles.

Los pastores lo veneraban. Y en ese momento, en que la estrella de la cauda volvió a sembrar el espanto en sus corazones, confiaron en sus conocimientos y su sabiduría y esperaron de él consejo y consuelo.

Erguido, tranquilo e inmóvil, cerrados los labios, contemplaba el fenómeno nocturno con sus ojos grises, rodeados de los bordes enrojecidos de sus párpados. Se notaba que tenía costumbre de mirar por encima de la llanura a las lejanías, sus ojos veían directamente hacia adelante, tal como los de los camellos. Reinaba en torno suyo un silencio cargado de interrogaciones. Acariciando con la mano seca y amarilla su barba de muchos días, dijo lentamente:

"Por segunda vez aparece hoy la estrella. Todas las estrellas de cola vienen

para decir algo. Creo que hoy mismo lo vamos a saber."

Después de estas palabras decididas hubo un silencio. Luego dijo el jorobado, que también sabía curar ovejas, pero no conocía otros secretos: "¿Habrá guerra?"

"¿O viene la peste?", preguntó temblando un hombre flaco, que tenía ojos de niño, de color azul pálido.

"¿O va a haber hambre?" cuchicheó un chaparro panzón, que todavía tenía sueño en los ojos y lana en el pelo.

"¿No será el fin del mundo?", dijo el niño expósito castañeando los dientes.

Los mayores callaron esperando que hablara Bienus. Y después de pensar mucho, Bienus habló: "Por segunda vez aparece en el este, por segunda vez está sobre Belén. Es la misma estrella."

"¿Y qué?", preguntó un joven pálido.

"Creo que en Belén sucederán grandes cosas."

"¡Cosas terribles!", balbuceó el jorobado.

"Pero, hombre, dejen pensar a Bienus", le gritó al chaparro un hombre gigantesco.

Y mientras que Bienus se devanaba los sesos tratando de averiguar por qué razón estaría ahí el cometa, los demás siguieron hablando con excitación.

"Yo no vuelvo a poner un pie en ese pueblo de mala muerte", dijo el panzón chaparrito.

"Lo mejor que podemos hacer es caminar hacia el oeste, hacia los médanos y el mar", propuso un barbinegro.

"Allí no hay pasto para las ovejas", afirmó el jorobado.

"Yo no me quedo aquí", dijo el pálido.

"Yo tampoco, yo tampoco", gritaron otros.

"¿Quieren que les diga algo?", exclamó un hombrecillo de barba amarillenta, más viejo que Matusalén: "Belén es una ciudad mala, una ciudad madura para el diluvio. Llena de malas mujeres, de borrachos, de pícaros y bandidos... Cada año hay menos hojas en los árboles. Brujas y..."

"¡Miren la estrella! ¡Se está poniendo más clara!", gritaron algunas voces.

"Ya da tanta luz como la luna", dijo un hombre chato, que hasta entonces no había despegado los labios.

"¡Miren la sombra detrás de mí!", exclamó el jorobado.

El hombrecillo de la barba amarillenta prosiguió: "Ya los libros antiguos dicen que Belén es una ciudad mala. Tenemos que esperar lo peor."

"Oigan lo que ha ocurrido allá nada menos que hoy", dijo el gigante lleno de indignación. "El Luisito de Gante, que pasó por aquí en su carro entoldado vió con sus propios ojos cómo echaban a la calle a una mujer que estaba a punto de dar a luz. Nadie la quiso hospedar. Iban con ella un viejecito y un burro. ¿Acaso no es una vergüenza? ¿No es infame? Luisito, a quien le dió lástima, se puso a buscarla después, pero entre tanta gente no la encontró."

"Pero también se fue de parranda con ellos", dijo, riendo, el jorobado.

"¿Y eso qué? Es un alma de Dios", replicó el coloso.

"¿Dónde estarán ahora esas pobres gentes?", preguntó una voz suave.

"¿Quién sabe dónde estarán!", pensaron algunos en voz alta.

"A lo mejor andan vagando por la nieve", aventuró el joven pálido.

"¡Ojalá y pasen por aquí! ¡Qué caliente estaría el nenito entre las ovejas!", exclamó el niño.

Y mientras que hablaban y pensaban en aquellas pobres gentes que buscaban socorro a través de la nieve y la oscuridad, Bienus miraba fijamente, sin parpadear, la viva luz de la estrella, y el sonido del violín, dulce cual voz de mujer, seguía evadiéndose hacia la noche.

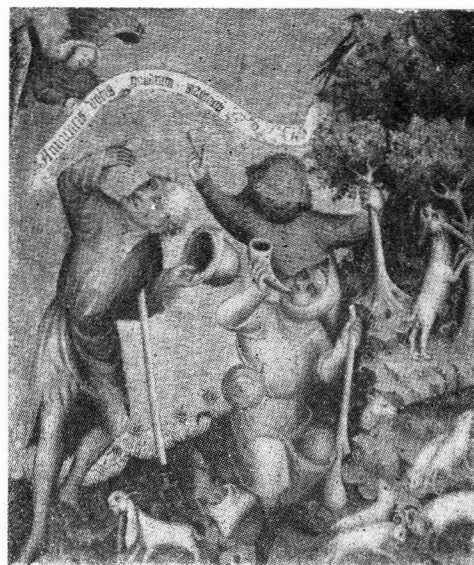
"Un gallo que canta", gritó alguien.

"Oigan, por todas partes cantan los gallos", gritaron otros.

"¡Santo Dios! ¡qué va a suceder!", exclamó el jorobado y se mesó los cabellos. "¡Fíjense en las ovejas! ¡Todas juntas se han levantado y todas tienen la cabeza vuelta hacia el este!"

"Vámonos de aquí", suplicó el muchacho, blanco como sábana. "Tengo miedo."

Luego se hizo un gran silencio, y en medio del silencio lloraba el violín, y la estrella cobraba mayor claridad.



—Oleo de Bertrams

"hombres sencillos se estremecieron"

El espanto estranguló cada vez más los corazones de los piadosos pastores, y seguramente habrían huído desde hacía mucho, si Bienus, el conocedor de las estrellas, no hubiera estado tan tranquilo y seguro.

"Oigo música", cuchicheó el panzón.

"Es el ciego", dijo el peleonero jorobado.

"No, no es el ciego", le contradijo el gordo. "O sí, es también el ciego, pero hay alguien más que está tocando, allá muy arriba en el aire."

Todos se pusieron a escuchar una música delicada que goteaba como rocío sobre los cerros; eran notas cortas y largas, que caían como gotas de lluvia, emitiendo un sonido dulce al tocar los árboles en la tierra.

"¿Qué el ciego se calle!", dijo el gigante.

"¿Acaso no sabe todavía que vino la estrella?" preguntó el muchacho de los ojos azules.

"¿Cómo lo va a saber! — se burló el jorobado — si no ve." ¡Escuchen! Se calla. Ahí viene bajando la escalera." Unos pies grandes buscaron los peldaños, y apareció un hombre torpe y alto, de labios gruesos; tenía los párpados cerrados. Llevaba el violín bajo el brazo.

“¿Quién está tocando por ahí tan hermoso?”, preguntó.

“Vino otra vez la estrella coluda”, dijo el jorobado.

“¿Dónde está?”, preguntó el ciego.

“Por allá, del otro lado”, contestó el jorobado. Y en su angustia le señaló con el dedo la maravillosa estrella.

Enseñándole algo al ciego, “¡vaya!”, refunfuñó el coloso.

“Está sobre Belén, Jodoco, y nos alumbraba como la luna.”

“¿Y es la estrella la que nos toca esta música tan linda?”, preguntó, asombrado, el ciego.

Y una vez más se hizo el silencio, un silencio tremendo como el que precede a una tempestad. Ninguna oveja se movía, ningún leño crepitaba. Los rostros de los pastores estaban pálidos de angustia. Cada uno sentía que se aproximaba algo inmenso, y todas las miradas se volvieron hacia Bienus, como para pedirle socorro.

A Bienus le temblaba la voz, lo que nunca antes le había ocurrido, cuando dijo: “Amigos, algo grande está preparándose, no sé qué es, puede ser el fin del mundo. Pero no tengamos miedo, nuestra fe es firme y suceda lo que suceda, es la voluntad de Dios. Vamos a arrodillarnos para rezar, porque mis palabras no pueden nada y han perdido su virtud.”

Todos se hincaron en la nieve, pero estaban tan atemorizados que ni uno solo podía rezar. Se hicieron pequeños y, anonadados, esperaban lo grande. Pero Bienus tuvo todavía el valor de abrir un libro grasoso y de leerles, a la luz de las llamas ya casi extinguidas, estas palabras:

“Dios es nuestro amparo y nuestra fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por tanto no temeremos aunque la tierra sea arremovida, aunque se traspien los montes al corazón del mar. Bramarán, turbaránse las aguas; temblarán los montes a causa de su braveza.

“Del río sus conductos alegrarán la ciudad de Dios. El santuario de las tiendas del Altísimo...”

“Bramaron las gentes, titubearon los reinos; dió El su voz, derriñóse la tierra.

“Jehová de los ejércitos está con nosotros; nuestro refugio es el Dios de Jacob.

“Venid, ved las obras de Jehová, que ha puesto asolamientos en la tierra, que hace cesar las guerras hasta los fines de la tierra...”

“Estad quietos, y conoced que yo soy Dios...”

Un grito brotó de todas las bocas, y de pronto vieron muy arriba, frente a ellos, un ángel esplendoroso, rodeado de coronas de luz en mil colores.

El joven pálido cayó de espaldas, a Bienus se le cayó el libro de las manos, el panzón chaparrito ocultó la cara entre las manos, el jorobado se tapó los ojos con el sombrero; algunos se fueron corriendo para esconderse bajo el tejadillo. Pero el ciego sonrió. Una vaca metió la cabeza en la paja, otra empezó a orinar de susto, los perros temblaron con la cola entre las piernas, la cabra tiró de su cuerda para soltarse, y las ovejas corrieron atropelladamente de un lado al otro.

Y un corderito se apartó de la ubre materna y se puso a balar alegremente a los pies desnudos del ángel, de uñas delicadamente labradas, como conchas marinas.

A todos esos hombres temblorosos los envolvía la luz anacarada que irradiaba del ángel, de los pliegues de su manto verdemar, de sus dorados cabellos, de su vestimenta azul celeste y sus vibrantes alas de fuego.

Pero el ángel empezó a hablar, y su voz profunda, de dulce sonido, cantaba más que en su boca en los corazones de los que lo oyeron. “No temais; porque he aquí que os doy nuevas de gran gozo, que serán para todo el pueblo.” Y cuando terminó, los animales se aquietaron y los sencillos hombres alzaron hacia él sus piadosas miradas y escucharon temblando, con el corazón agitado, la grande nueva: que hoy les había nacido el Salvador, un niño pequeño, que encontrarían cerca de Belén, campo adentro, envuelto en sus pañales.

Y mientras admiraban al hermosísimo ángel, tal como saben admirar los campesinos, y se sentían felices ante la mirada de sus ojos fulgurantes, la fragancia de su cuerpo y el dulce gesto de sus graciosas manos, todo el cielo se abrió y se convirtió en una rosa formada de un sinnúmero de ángeles esplendentes; desde muy adentro de las vertiginosas profundidades de la luz angelical se oía cantar ese canto, poderoso como la tempestad y enervante como el gorjeo del ruiseñor enamorado: “Gloria a Dios en las alturas. Y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.”

Pasaron por el mundo columnas de luz, las estrellas giraron en grandes círculos, flores y trinos de pájaros llovieron del cielo, y el aire olía a mayo y a paraísos.

Y cuando la aparición se desvaneció, las estrellas estaban en el cielo como siempre, la nieve y el frío cubrían la tierra, y el cometa seguía entronizado sobre Belén, rindiéndole homenaje.

Los pastores, enternecidos y maravillosos, esperaban que hablara Bienus.

Su barbilla mal rasurada temblaba, la alegría vibraba en sus manos y, arrebatado de felicidad exclamó gozoso: “¡Hombres! ¡Hombres! ¡Qué gracia nos ha sido deparada! ¡Vamos en seguida a buscar al niño! ¡Y que cada uno le lleve algo! ¡Todo será poco! Esa es la mujer a quien echaron a la calle... Oh amigos, ¡cómo creer que todo el cielo se abrió para nosotros y que los ángeles vinieron a cantar un mensaje sublime, a nosotros, míseros pastores! Mis canas tiemblan de alegría. ¡Que haya música! ¡Cojan sus gaitas y violines y flautas! Pues ahora va a haber fiesta en toda la tierra. ¡Miren, la estrella de la cola deja ondear al aire su pluma de gala.”

Todos se pusieron a buscar en sus mochilas y en sus morrales, y uno le gritaba al otro:

“¡Yo le llevo dos pieles de oveja!”



—Oleo de Giorgione

“los pastores le llevaban sus regalos”



—Oleo de H. Bosch

“y en cada choza vivía la piedad”

“¡Yo una canasta llena de papas buenas!”

“¡Yo el buey para que se lo coman!”, dijo Bienus.

“¡Yo un cirio bendecido, para alejar la desgracia, y como pilón dos libras de pan de especias!”

“¡Yo un corderito para que el nene juegue con él!”, gritó el niño expósito.

“¡Yo aceite y pan!”, exclamó el viejecito de la barba amarillenta. Y así todos.

“¿No llamamos a los pastores de los otros cerros?”, preguntó el jorobado, que cargaba bajo el brazo un jamón ahumado.

“Sí”, contestó Bienus.

Entonces el gigante negro se puso a tocar el cuerno de los vaqueros, y a través del silencio de la noche pasó el sonido sobre los montes y volvió como un eco débil. De las lomas del otro lado contestaron los cuernos, y hablaron todas las colinas...

Y alumbrados sólo por la dulce claridad del radiante cometa, acompañados por los gruñidos de la gaita y los tiernos sonidos de la flauta y del violín, bajaron del cerro, alegres y traviesos como una banda de chiquillos.

De las chozas solitarias por las cuales pasaban, surgían cabezas cubiertas con gorros de dormir, que les gritaban: “Hola, hola, ¿qué pasa? ¡Por qué están tan alegres!”

Y ellos contestaban, embrollándolo todo: “Nació el Salvador, el ángel nos lo dijo, y por esto vino la estrella coluda.” Y cantando y tocando siguieron adelante.

“¡Vamos con ustedes! ¡Vamos con ustedes!”

Y en cada choza en que vivía la piedad, la mujer se ponía la falda, el hombre metía las piernas en los pantalones, y los niños salían de su jergón de paja y suplían que les permitieran ver al nenito tan lindo. Pero el nenito era pobre, los pastores le llevaban sus regalos, y también ellos tendrían que llevarle algo: huevos y mantequilla, manteca de cerdo y trapos, y muchas otras cosas.

Y a través de la silenciosa nieve caminaron los hombres en grupitos, las mujeres, envueltas en sus abrigos de capuchones, y los niños, todos en la misma dirección, hacia la estrella de la cauda, que resplandecía alta y prodigiosa en las infinitas profundidades de la noche estrellada.

Traducción de Mariana Frenk.